

Cláudio desdobló un papel que le dió la señora Jacut y leyó:

«Señora Jacut:

»Estamos perdidos. No volveremos á vernos.» Si alguien nos acusa, defendednos. No podemos vivir »bajo el peso de lo que se dice de nosotros. La señorita de Fonterose ha muerto, no para que su fortuna »fuera nuestra, sinó para que no fuera de otro. YO »prefiero verla muerta á verla casada con el hombre »á quien la destinaba su madre, y á quien ella no »amaba. Lo he sabido demasiado tarde.

»Dad un abrazo á Cláudio en nuestro nombre y no »le dejéis salir de vuestra casa.

»Decidle que no nos maldiga y que piense alguna »vez en nosotros.

»Vuestro.

»CORENTIN.»

»P. D. Decid á Cláudio, que Penhoet será destruido. »En el jardín, y debajo de una piedra, encontrará »una carta que le explicará las fatalidades que pesan »sobre nuestra casa. El será rico. El último favor que »esperan de él sus hermanos, es, que indemnice á la »señorita Trelan de los perjuicios que la han causa- »do los Kerandal. Si puede, le agradeceríamos tam- »bién que reuniese nuestros cadáveres en una misma »tumba.»

—¿Y Santa? murmuró Cláudio.

—Supongo que también estará en sitio seguro. Los Kerandal tienen muchos amigos.

—¿Y mis hermanos? ¿Están heridos? ¿Han muerto?

—No. Pero cuenta que la primer herida será la última. Han dicho que no los prenderán vivos. ¿No conoces á tus hermanos?

Una mirada de Juana hizo mas que todos los argumentos de la señora Jacut.

Cláudio no salió de Elven.

#### XXIV.

#### La expiación.

El comandante de gendarmes estaba furioso.

Al saber que sus fuerzas habían sido rechazadas por los sublevados, se impresionó de tal manera, que estuvo á punto de morir de un ataque de apoplejía.

El capitán contestó á sus apóstrofes:

—Allí os hubiera querido ver mi comandante.

—Allí me vereis, le contestó secamente el comandante. ¡Qué vergüenza! ¡Ser rechazados por tres hombres encerrados en una mala granja! Cuando no se sabe vencer, se debe saber morir. ¿Son graves las heridas de nuestro hombres?

—Esos tres hombres, á quien teneis tan en menos,



se han contentado con herir en vez de matar. Hacían baja la puntería con intención. Es público y notorio que son los mejores tiradores del país.

—Había un medio, capitán, en el cual sin duda, no habéis pensado.

—¿A qué medio os referís, mi comandante?

—El sitio.

—¿Por hambre?

—Justamente.

—Se me ocurrió, pero lo rechacé por impracticable.

—¿Por qué?

—Tienen provisiones para un año.

—Entonces hay que recurrir á la artillería para arrasarse á Penhoet.

—Tened en cuenta que es imposible acercarse sin exponerse á perder los hombres que quieren matar.

—Es una mala nota para vuestra hoja de servicios, capitán. ¡Veintiocho hombres fuera de combate en el ataque de una miserable cabaña!

—En cuanto veáis la cabaña, cambiareis de opinión, mi comandante.

—Iré, repuso lacónicamente el comandante.

Sin embargo, no fué.

Era un valiente; pero no quería exponer su fama á un fracaso, y confiaba á sus subalternos las misiones difíciles.

La casa solariega de los Kerandal estaba acribillada á balazos.

José empezaba á ver las cosas de un color demasiado negro.

Comprendía que la batalla estaba ganada, pero la muerte de Ibo y de Catalina le preocupaba hondamente.

Por otra parte, el espectáculo de Corentin velando el cadáver de Nicolasa no era un espectáculo agradable.

El rector se había llevado á María Ana.

Pero Santa, á pesar de sus súplicas, se había negado á seguirle.

—Es un suicidio, le dijo el señor rector.

Santa levantó los ojos al cielo.

—¡Dios me juzgará! contestó.

A las diez de la noche Jacobo dijo á Corentin que iba á salir para terminar un negocio y que antes de amanecer estaría de vuelta.

Nadie se atrevió á preguntarle dónde iba.

Estaba tan sereno como si fuera á una partida de caza.

Corentin notó que al salir cogió una larga cuerda con una argolla pendiente de uno de sus extremos.

A las tres de la madrugada volvió á Penhoet como había prometido, y sentándose al lado de la chimenea, se quedó profundamente dormido.

Dos horas más tarde, los hombres del campo que se dirigían á sus faenas, distinguieron desde lejos un objeto singular pendiente de la puerta del señor Lesguidou.



El señor Lesguidou vivía en una casa que había en el camino de Vannes á Perninguez, sin más acompañamiento que una criada vieja.

El objeto que había pendiente de la puerta del señor Lesguidou, era el mismo señor Lesguidou, colgado de una cuerda.

En la pared de la casa se leía este letrero escrito con carbón:

JACOBO KERANDAL

No se podía dudar de quién era el autor de aquel nuevo crimen.

A las dos de la tarde, el señor rector volvió á Penhoet, acompañado del general Chamberlot.

Salió á abrirles Corentin.

El general suplicó á Corentin que entregara el cadáver de Nicolasa á su familia y desistiera de su resistencia á la justicia.

—No me separaré del cadáver de Nicolasa hasta exhalar el último suspiro, le contestó Corentin.

El general trató de convencerle de que al fin tendrían que sucumbir ante las fuerzas que asediaban la casa.

—Estamos resignados, mi general, le contestó Corentin.

—¿Y esta niña? preguntó el general señalando á Santa. Yo me la llevaré. Yo cuidaré de su porvenir.

Santa se arrojó en los brazos de Corentin.

—¡No me separaré de mis hermanos! exclamó. Quiero morir con ellos.

Jacobo se asomó á una ventana para examinar la fuerza y los movimientos del enemigo.

En sus ojos brilló un rayo de alegría.

En un grupo de artilleros, estaba el capitán Estrelles.

—¿Veis aquel grupo, mi general? dijo Jacobo.

—Sí.

—¿Veis aquel oficial de caballería que hay en medio de él?

—Sí.

—Ha hecho mal en venir aquí.

—¿Por qué?

—Porque no volverá al castillo de Santa Gilda. Después moriré tranquilo. Ya no tendré nada que hacer en el mundo.

El general comprendió que Estrelles estaba perdido.

—¡Esperad un momento! exclamó.

Jacobo le contestó echándose la escopeta á la cara.

—Es un infame y debe morir.

Hizo fuego, y el capitán cayó mortalmente herido.

La artillería, ante aquella provocación, rompió el fuego.

Dos horas después, aquella fortaleza que había resistido el embate de los siglos, estaba en el suelo.



Los defensores de Penhoet se refugiaron en las cuevas.

Al penetrar en ellas la fuerza pública, le hicieron frente Jacobo y Corentin.

Corentin, despues de una lucha desesperada, cayó muerto al lado del cadáver de Nicolasa.

Jacobo le sobrevivió algunos momentos. Santa había huido.

Al día siguiente se encontró su cadáver flotando sobre las aguas del río.

A media noche, los vecinos de Penhoet vieron vagar una sombra entre las [humeantes ruinas de la casa solariega de los Kerandal.

Era la loca.

María Ana, burlando la vigilancia del señor cura, se había escapado de la rectoría.

No sobrevivió á sus hijos más que dos días, muriendo entre los brazos de Cláudio.

## XXV.

### El testamento de Nicolasa

La grandeza del desastre de los Kerandai borró el recuerdo de su crimen.

No se hablaba en toda Bretaña mas que de su heroica defensa y de su indomable valor.

Nadie pensaba ya en la lúgubre historia de Noel Trelan.

La trágica muerte de la señorita de Fonterose se convirtió en una leyenda de amor.

Para los mismos magistrados era motivo de asombro el abonaré de quinientos mil francos que se había encontrado en la Piedra de las Hadas hecho pedazos.

El señor rector entregó al señor de Buxieres el pliego que le había confiado Nicolasa.

En virtud del testamento de Nicolasa, Cláudio, el único Kerandal inocente de los crímenes de su familia, era el heredero de la fortuna de los Fonterose.

El mismo señor de Buxieres fué á comunicarle esta noticia, diciéndole que nada tenía que temer de los tribunales, porque de nada era responsable.

Cláudio, aterrado por tantos horrores, se encerró en el cuarto de Juana, no queriendo ver á nadie mas que á la señora Jacut.

Algunas veces salía al cerrar la noche para ir á llorar sobre las ruinas de la casa de sus padres.

María Ana y sus hijos fueron enterrados en el camposanto de Penhoet.

La voluntad de Corentin fué cumplida.

Todos los suyos yacían bajo una misma losa.

Nicolasa de Fonterose recibió sepultura en la capilla de Santa Gilda.

La marquesa de Fonterose había significado su de-



seo de abandonar á Santa Gilda en cuanto se terminasen los asuntos de la testamentaria de su hija.

Declaró que respetaría su voluntad.

Juana estaba fuera de peligro, gracias á su vigorosa naturaleza y á los cuidados de Cláudio, que había pasado á la cabecera de su lecho todo el tiempo que duró la gravedad de su dolencia.

Una mañana, de vuelta de su viaje á Penhoet, donde había pasado la noche arrodillado delante de la tumba que encerraba á toda su familia, se encerró en su cuarto y se puso á escribir.

Después fué á ver á Juana.

Juana le acogió con el mismo júbilo que siempre.

Cláudio estaba muy pálido.

—Juana, dijo á su prima, mis negocios me llaman á Vannes. Ya estais completamente restablecida; pero debéis permanecer algun tiempo aquí, porque el aire del campo completará vuestra curación. La vida os ofrece nuevos horizontes. Yo estaré ausente... dos ó tres días.

Juana, mirándole fijamente, le contestó:

—Cláudio, me engaáis. Partís para no volver.

Cláudio procuró tranquilizarla diciéndola que no podía vivir sin verla.

—¿De manera que volveréis?

—Sin duda.

—Lo decís de un modo...

—Lo digo naturalmente.

—¿Por qué estais tan triste?

Una lágrima rodó por las pálidas mejillas de Cláudio.

—Estoy triste y lo estaré siempre, dijo. Nunca podré olvidar á los que he perdido ni las circunstancias terribles en que los he perdido.

Juana le cogió una mano.

—¿No os quedo yo? le preguntó.

—¡Vos! exclamó amargamente Cláudio.

—¿No me amais ya? Yo creía que me amaríais siempre.

—Esa es la causa de mi desesperación: lo mucho que os amo.

—Entonces no os comprendo.

—Os amo tanto, que el mayor suplicio á que pudiera condenarme es separarme de vos.

—Cláudio, teneis un secreto que me ocultais.

—Hay confesiones que no pueden hacerse más que á Dios. Juana, ¿quereis dispensarme un favor?

—Mandad y obedecere.

—Tomad esta carta. En ella está mi confesión. Prometedme que no la abriréis hasta las seis de esta tarde.

—Si me lo exigís, os lo prometo. ¿Puedo yo negaros nada? Os lo debo todo. Pero, en cambio, voy yo á exigir os una promesa.

—Hablad.

—Estais triste. Lo veo. Sois muy desgraciado. Lo



sé. Juradme que no atentareis á vuestra vida. Si no me lo prometeis, no os dejaré salir de aquí.

—¡Os lo juro! exclamó Claudio con acento solemne.

—La vida os reserva inefables consuelos. ¡Sois tan bueno!

Claudio se sonrió tristemente.

—No lo espero.

Y levantándose, añadió:

—Adios, Juana.

Hasta que estuvo en el dintel de la puerta no se atrevió á levantar los ojos para mirar á Juana.

Antes de montar á caballo, dió un abrazo á la señora Jacut.

—¿Volverás? le preguntó la buena mujer.

—Si, le contestó Claudio.

Al llegar á Vannes se hizo conducir á casa de un notario.

Fué recibido inmediatamente.

—Soy Cláudio Kerandal, dijo al notario después de tomar asiento.

El notario se puso los anteojos para ver mejor á Cláudio.

—¡Cláudio Kerandal! repitió con asombro.

—Sí, señor. Soy el único heredero de la familia que tan trágicamente ha acabado. No me extraña que mi nombre os haya causado tan honda impresión. Vengo á haceros una consulta. Sin duda habreis oido hablar del testamento de la señorita de Fonterose.

—Sí, señor. Le tengo en mi estudio. Y debo haceros saber que la señora marquesa quiere que se cumpla la voluntad de su hija.

—¿En virtud de la última voluntad de la señorita de Fonterose heredo todos sus bienes?

—Todos

—Comprenderéis que no puedo aceptar la fortuna de la víctima de mis hermanos. Está manchada de sangre y me quemaría las manos.

—Vos no la habeis derramado.

—Es verdad.

—Sin embargo, vuestros escrúpulos no me sorprenden.

—Mi resolución es irrevocable.

—Pensad que se trata de quince ó veinte millones.

—Lo he pensado ya.

—Esa delicadeza os honra; pero el sacrificio es enorme, observó el notario.

—No importa. Quiero que todo el mundo me olvide, y pienso desaparecer para siempre de un país donde mi nombre deja tan tristes recuerdos. La parienta mas próxima de la señorita de Fonterose, una vez eliminado yo, es mi prima Juana Trelan, que en este momento se halla en Elven, convaleciendo de una enfermedad. ¿Qué tengo que hacer para que Juana Trelan sea la heredera de la señorita de Fonterose?

—¿Estáis decidido á trasmitirla la herencia?

—Completamente decidido.



—Pues basta que renunciéis en ella vuestros derechos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues extended el documento en que conste así y lo firmaré.

—El notario insistió.

—Ya os he dicho que mi resolución es irrevocable, le contestó Cláudio.

El notario extendió el acta de cesión.

Y una vez terminada, dijo á Cláudio:

—Todavía no habéis firmado. Ved lo que haceis.

—Lo sé.

—Sois jóven, teneis porvenir... La gloria de los Kerandal puede hacer olvidar sus faltas. Vuestros hermanos han obedecido á rencores que se explican. ¿Dónde vais?

—Donde me lleve el destino.

—¿Sois pobre?

—Como todos mis hermanos.

—¿Qué medios teneis para ganar el pan de cada día?

—Soy médico, cambiaré mi nombre é iré á ejercer mi profesión, lejos, muy lejos de aquí.

—¿Con la bolsa vacía?

—Tengo cuatrocientos ó quinientos francos.

—Permitid á un paisano vuestro, á un viejo breton, que añada á esa cantidad algunos billetes de Banco. Ya me los devolvereis cuando podáis.

El notario estaba profundamente conmovido.

Cláudio resistió en vano: le hizo aceptar siete mil francos.

—Siendo vuestro acreedor, supongo que me dareis noticias vuestras frecuentemente.

Cláudio estrechó en silencio la mano del notario y se alejó.

Eran las doce.

El tren de París debía salir de Vannes algunos momentos después.

Cláudio se dirigió á la estación, pidió un billete y tomó asiento en un wagon de tercera, donde tenía la seguridad de que nadie le conocería.

El tren partió.

¡Pobre Cláudio! ¡Qué mucho que al alejarse de Vannes se le llenaran ojos de lágrimas?

Detrás de sí lo dejaba todo.

Su familia, su nombre, la mujer á quien amaba.

Juana, al dar la última campanada de las seis, abrió la carta de Cláudio y leyó lo siguiente:

## XXVI.

### El adios

«Mi querida Juana:

»Nada nuevo os diría diciéndoos que os amo con todo mi corazón y que la idea de separarme de vos me despedaza el alma.